

Rafael Plá León

*Hipótesis generales
para una investigación
acerca del ideal social
de la Revolución
Cubana en los sesenta*

Comúnmente el ideal social que mueve un proceso revolucionario se presenta por diversas vías. Unas veces se expone en documentos programáticos, otras se va desarrollando en discursos de los principales dirigentes o en materiales publicados en la prensa, artículos, entrevistas, crónicas, reportajes, etc. Por lo general, aunque no siempre, cada movimiento cuenta con una intelectualidad que le da forma teórica a la exposición del ideal.

Tendríamos, por tanto, tres niveles: 1. El *nivel teórico*, donde se elabora el ideal en abierto cuestionamiento a las condiciones imperantes en la sociedad; 2. El *nivel político*, donde se expone el ideal en forma de líneas generales para el cambio de la sociedad; 3. El *nivel publicístico*, donde se divulga el ideal llevándolo al nivel de representación, con todos los detalles que pueden ilustrar con mayor claridad a las masas lo que se pretende emprender.

El orden en que se conectan estos tres niveles no es el mismo en cada proceso. En Cuba, por ejemplo, no parece haber partido de un nivel teórico que postulara el ideal, sino, más bien, de un nivel político manifestado en documentos de no muy amplia circulación. El nivel teórico vino después a sancionar lo que políticamente se estableció. El nivel publicístico (o divulgativo) parece haber sido el que se impuso definitivamente y no en correspondencia con el nivel teórico. Quizás, más bien, el nivel teórico - de escaso nivel - se formó en correspondencia con el nivel de divulgación, aceptando representaciones deformadas de los conceptos desarrollados en la teoría. Esto es una conjetu-

[139]



ra. Natasha Gómez ha indagado en declaraciones de los propios dirigentes de la Revolución y deja establecido el déficit teórico con que nace la Revolución. Pero esto necesita aún demostración efectiva desde el propio punto de vista teórico.

El déficit teórico a que aluden muchos dirigentes al inicio de la Revolución pudiera constatarse por la escasa cultura marxista dentro del movimiento revolucionario, no solo en el 26 de Julio y en el Directorio, sino, incluso, en las filas del Partido Socialista Popular, donde solo unos pocos intelectuales llegaban a tener vuelo teórico. Esto puede tener varias explicaciones. Una de ellas es, evidentemente, que son movimientos que se nutren de las capas más humildes de la población, de las clases con menos recursos y, por tanto, con menos posibilidad de acceso a los estudios (de aquí habría que excluir en cierta medida al Directorio, que era fundamentalmente de estudiantes). Otra pudiera ser la marcada influencia cultural de países (primero España, luego Estados Unidos) con escasa o nula tradición teórica. Esta influencia cultural, sobre todo la que proviene de Estados Unidos donde ha predominado el pragmatismo como filosofía, fue permeando la educación de varias generaciones, despreciando abiertamente la actividad teórica y privilegiando el espíritu "práctico". Por supuesto, aquí "actividad teórica" es casi sinónimo de "lectura de libros", mientras que "espíritu práctico" no quiere decir otra cosa que "desempeño exitoso con las cosas y las personas". Ninguno de los dos significados tiene nada que ver con los conceptos históricamente formados de "teoría" y "práctica".

Por eso es que la constatación del "déficit teórico" puede incluso quedarse por debajo de la real gravedad del problema. Por "déficit teórico" pueden quizás entender el desconocimiento de la teoría marxista, la no familiarización del pensamiento revolucionario con los principios básicos de la teoría marxista elaborada por los clásicos. Esto es aún insuficiente. Déficit teórico habría incluso en el caso de que se tuviera amplia sabiduría acerca de toda la doctrina marxista, acerca de sus principios básicos y de las vicisitudes que ha corrido la doctrina según las circunstancias históricas. Y es que un buen nivel teórico se manifiesta solo en la realización práctica de la idea, solo allí se ve si la teoría ha logrado captar fielmente la realidad. Si ella no lo ha logrado quiere decir que es aún deficiente.

[140]





Pero hay incluso otra cuestión: puede que la práctica exhiba un proceso real exitoso, pero esto no es suficiente tampoco para hablar de un buen nivel teórico. Muchas veces la intuición conduce con éxito la actividad práctica, llevando las situaciones históricas a donde realmente desean los sujetos sociales. Pero la intuición no logra nunca descifrar las condiciones generales que llevaron al resultado en un proceso determinado. La intuición no logra expresar teóricamente ningún resultado, pues ella en sí misma funciona en el ámbito de lo particular. El valor de la teoría, sin embargo, consiste en encontrar la clave universal de un hecho particular. Solo así este hecho puede aspirar a reproducirse conscientemente; solo así pueden otros hombres asimilar provechosamente la experiencia de quienes le antecedieron en actividad similar. De modo que las condiciones para poder hablar de un “buen nivel teórico” pueden ser por lo mínimo estas dos: 1. que la formulación teórica se corresponda esencialmente con la realización práctica, y 2. que se logre una formulación que capte el aspecto universal del acto particular.

La Revolución Cubana puede hablar de “déficit teórico” en ambos sentidos: por un lado, no se han conocido correctamente los fundamentos teóricos de la doctrina marxista (la cultura marxista sigue siendo rara en Cuba, incluso después de haber enviado contingentes de estudiantes a formarse como especialistas en la Unión Soviética y otros países socialistas europeos); por otro lado, poco se ha hecho para lograr una formulación teórica adecuada de los éxitos y los fracasos de la Revolución Cubana. La primacía del factor ideológico en la consideración científica de los asuntos sociales ha entorpecido seriamente el sobrio proceso de descubrir y descifrar las contradicciones del desarrollo social de una revolución socialista llevada a cabo en las más complejas condiciones.

Desde este punto de vista teórico los ensayos más atrevidos al parecer los logró el Che, dentro de los líderes de la Revolución. Otros dirigentes no acostumbraban a escribir, sino más bien a transmitir en discursos a viva voz su pensamiento. Pero un discurso está obligado a someterse a las reglas de la comunicación directa y es un vehículo muy poco apropiado para abordar cuestiones teóricas. No digo que sea imposible, pero no es el más adecuado. Por eso, por cuanto no se dedicaban especialmente a escribir, es más difícil encontrar vuelos teóricos de alto rango en

[141]



los discursos de los principales dirigentes de la Revolución, incluido Fidel. Esto no quiere decir que no tuviera un adecuado nivel teórico para emprender la acción revolucionaria, sino que en los discursos no siempre se puede manifestar.

El esfuerzo realizado por el aparato ideológico del Partido con la organización de las EIR no debe interpretarse como un esfuerzo por desarrollar la teoría, sino fundamentalmente como un esfuerzo por difundir una doctrina que llevaba por misión dar coherencia ideológica al proceso revolucionario, condición necesaria para lograr la hegemonía en una situación de altísima heterogeneidad social y, por tanto, ideológica. La tan ansiada unidad política e ideológica del pueblo para llevar el proceso a la victoria y defender con largo aliento las conquistas logradas no podía esperar por la formación espontánea del consenso entre las diversas fuerzas políticas involucradas en el proceso. La clara conciencia de las prioridades políticas del momento fue determinando la forma cuasi-escolástica de la formación ideológica y el dogmatismo que se instauró como norma en la actividad docente y de divulgación del marxismo por distintas vías.

Puede que sean estas razones quizás las que decidieron que no se estimulara conscientemente la producción teórica (es decir, crítica) respecto al rumbo que llevaba la Revolución Cubana. No se excluye aquí la posibilidad de cierto prejuicio arraigado en los líderes revolucionarios respecto al ejercicio de la crítica, cosa que puede tener su explicación sana por lo arriba mencionado acerca del penoso fardo cultural que nos dejó la dominación norteamericana fundamentalmente, respecto de la utilidad de la teoría y la exaltación de la práctica frente a ella. Lo cierto es que no fue estimulada la labor teórica en los primeros años. Solo a mitad de la década es que se aprecia un vuelco en la situación, en que el centro de gravedad ideológico empieza a tomar asiento en la Universidad de La Habana y no en el aparato ideológico del Partido.

La evolución del pensamiento revolucionario de los líderes del proceso y la elaboración doctrinaria en el aparato ideológico del Partido fue una vía por la que puede ser rastreado el ideal social que fue configurando esta Revolución. Pero por otros medios se fue dando un desarrollo paralelo del pensamiento, una especie de "acumulación" cuasi-teórica que intentaba estar al tanto de las elaboraciones ideológicas internacionales de últi-

[142]





mo grito, fundamentalmente en Europa y en EE.UU. Pero no solo allí. Esta corriente tuvo lugar en el ámbito cultural, entre los creadores de la cultura artística y literaria.

La entrada de este sector - de la intelectualidad- al ambiente ideológico que imponía la Revolución fue conflictiva, por supuesto. La batalla ideológica en este sector estuvo signada por muchas contradicciones, dado el arraigado prejuicio anticomunista de la cultura burguesa en que se formó la mayor parte de la intelectualidad del país. Sin embargo, la Revolución necesitaba de la convivencia con este sector, cuando no de su colaboración activa y entusiasta. Un ideal social no puede verse limitado en su difusión a panfletos políticos y *úkses* de la dirección revolucionaria. A través del arte y de la literatura una idea tiene más posibilidad de expresión y expansión entre las masas.

Pero la conquista de este sector no puede realizarse con los mismos métodos de violencia jurídica y política con que se trata a las clases explotadoras. El sector de la intelectualidad vive y puede subsistir únicamente en el ámbito de la libertad de pensamiento, de modo que su conquista debe ser ante todo una conquista por sus propios medios, una conquista intelectual. De lo contrario, lo único que se logra es esconder un enemigo.

El pensamiento que se volcó hacia la cultura fue, al parecer, el refugio de algún experimento teórico dentro de la Revolución. Es allí donde hay que buscar fundamentalmente la consideración crítica sana de lo que venía haciendo la Revolución no solo en el plano cultural, sino también en otros ámbitos. Y la insana también. La reconsideración de muchos episodios polémicos de esos años dará un material de determinado valor para la evaluación de hasta qué punto estaba dibujado el ideal social que proyectaba la Revolución Cubana. Esto nos permitirá juzgar además sobre cómo participaba la intelectualidad cubana en la conformación de ese ideal social, si estamos de acuerdo en que un ideal social no es proyectado únicamente por los líderes del proceso, sino por la sociedad toda en su conjunto, en la que ocupan un lugar privilegiado quienes se ocupan de actividades intelectuales.

Esto no quiere decir que pensemos que fue aquí donde se refugió la teoría y, por ende, donde aparecieron las formas más desarrolladas de producción teórica. La época de los sesenta en Cuba no fue favorable de ningún modo a la producción teórica.

[143]



Los intelectuales que no aceptaron por válida la representación de que la verdad provenía del socialismo soviético o chino, pudieron muy bien caer igual de dogmáticamente bajo los encantos del pensamiento francés - tantas veces tomado de paradigma en la historia americana - o italiano, alemán o norteamericano. Todas las corrientes que de una forma u otra negaban al marxismo soviético y que a la vez rechazaban las pretensiones de dominio del imperialismo norteamericano encontraban eco en la Cuba de los sesenta, como intento de desarrollar alternativas a un sistema - el soviético - que tenía muy mala reputación en su relación con los intelectuales.

Lo cierto es que estos desarrollos polémicos de los primeros años entroncan lógicamente con la tendencia desplegada en la segunda mitad de la década por el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. Evidentemente hay un marcado rechazo aquí a la forma dogmática propia de los soviéticos, y un serio esfuerzo por problematizar todas las verdades que se daban por acabadas en el marxismo soviético. Los esfuerzos desplegados por el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana tanto en la enseñanza del marxismo, como en la difusión del pensamiento de izquierda de aquellos años en la revista *Pensamiento Crítico* tenían de trasfondo una muy mal disimulada controversia de la dirección de la Revolución Cubana con el liderazgo soviético que se venía agudizando por las discrepancias en torno a los rumbos que debía tomar el movimiento revolucionario mundial puesto en la encrucijada de optar por una abstracta "coexistencia pacífica" de los sistemas sociales de signos contrarios o por una activa y concreta ayuda a los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo y, en especial, al pueblo vietnamita agredido ferozmente por los EE.UU. La dirección de la Revolución Cubana optaba decididamente por la segunda opción, mientras que los soviéticos se iban por el cómodo primer camino. Eso abrió una serie de pronunciamientos críticos que pocas veces se hicieron abiertamente, pero que no dejaban lugar a duda acerca de quién era el interlocutor en la polémica.

Esta segunda mitad de la década, que fue considerada más tarde como una época de "errores idealistas" en la construcción del socialismo, estuvo signada por fuertes contradicciones ideológicas y por procesos de radicalización en la pretensión revolu-

[144]





cionaria de acelerar el proceso de construcción de relaciones comunistas de producción y convivencia. En este período se produjeron ciertos excesos que fueron considerados críticamente una parte de ellos en el proceso posterior de institucionalización y organización del país según el paradigma soviético. Fue una época de radicalismo revolucionario - con todas sus luces y sombras - en que el proceso se debatió como nunca por alcanzar las metas más altas sin sacrificar su independencia.

Los sucesos de Checoslovaquia en 1968, con el consiguiente apoyo cubano a la intervención soviética y, más tarde, el fracaso de la Zafra de los Diez Millones que provocó un giro en la vida económica y social del país, fueron marcando el cierre de una etapa que en el plano ideológico quedó definitivamente sellada con la celebración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, en abril de 1971. La etapa que se cerraba era la de búsqueda propia de una forma definitiva de un ideal social para enrumbar la Revolución Cubana. Muchas tendencias asomaron en esos años. Todas, menos una, hubieron de clausurarse para dar paso a la que se consideró - coyuntural o necesariamente - la vía más correcta para realizar los ideales de justicia de nuestra Revolución.

El estudio de las formas disímiles que fue adoptando el ideal social de la Revolución en los sesenta puede llevarnos, además de lo que supone en materia de conocimiento histórico, a reconsiderar las vías en que hoy nos empeñamos para reorientar nuestro ideal afectado seriamente por los embates de los noventa. Interesa valorar qué fue lo que movió a las masas en un momento determinado a actuar y pensar como un solo pueblo, hasta qué punto caminó el pueblo apoyando su Revolución, hasta qué punto hubo discordancia entre líderes y masas, qué ideas asumió como suyas el pueblo, bajo qué circunstancias. Estas y otras muchas cuestiones deben ser esclarecidas por una investigación de esta índole.

[145]